

# ¿PARA QUÉ SERVIMOS LOS SERES HUMANOS?

*(Reflexiones en torno al concepto de utilidad)*



Andrés Rubio Martínez

**Ateneo Riojano**

9 enero 2014

*Y no dejamos de preguntarnos,  
una y otra vez,  
hasta que un puñado de tierra  
nos tapa la boca,  
pero ¿es eso una respuesta?*

Heinrich Heine, Gedichte 1853 und 1854, "Zum Lazarus"

Imagen de portada: Anselm Kiefer

Ateneo Riojano  
Muro de Cervantes, 1-1º 26001-Logroño  
941251938  
info@ateneoriojano.com

Depósito Legal: LR52-2014

Déjenme comenzar esta charla, que pretendo sea todo menos apacible, describiéndoles una viñeta de El Roto. Nadie mejor que él para ayudarme a crear el ambiente propicio para la filosofía: la inquietud. En una de sus viñetas podemos ver a un individuo postrado en una cama, inconsciente, entubado, al parecer moribundo. Al pie de la cama se ve a un médico con gorro, guantes y mascarilla, consultando un historial. Alguien que no vemos le pregunta: «¿Cuál es el diagnóstico, doctor?». El médico responde: «No rentable». Si las impagables viñetas de El Roto llevaran título, ésta que les acabo de describir bien podría titularse «Las Humanidades».



Lo que van a escuchar a continuación no pretende ser sin embargo un lamento gremial por la importancia cada vez más residual que se le da al estudio de las humanidades en general y a la filosofía en particular. Al menos no pretende ser sólo eso. Como no hay oportunidad que desaprovechar para filosofar en estos tiempos que más que correr esprintan, aprovecharé el caso particular de la insistente puesta en duda de la utilidad de los estudios humanísticos para reflexionar acerca del concepto de utilidad en general.

¿Para qué servimos los seres humanos? La pregunta es provocadora y la respuesta que les voy a dar no lo es menos: para nada.

Hoy les voy hablar de algo en lo que me considero un experto, en realidad la única materia que domino: la inutilidad. Algunos tal vez piensen que como profesor de filosofía mi competencia al respecto está fuera de toda duda, pero como espero mostrarles a continuación, la inutilidad no es patrimonio exclusivo de la filosofía, ni siquiera de las humanidades. La inutilidad es patrimonio universal. Nos pertenece a todos y a todo. Lejos de constituir un atributo circunstancial, la inutilidad es un rasgo esencial de todo lo que es. Todo es definitivamente inútil.

En efecto, mientras no podamos sino encogernos de hombros ante la devastadora pregunta de Leibniz «¿Por qué hay algo en lugar de nada?», mientras no podamos refutar el susurro del «nada permanece» de Heráclito, mientras seamos incapaces de exorcizar la siniestra certeza del «todo es en vano», mientras así sea, no hallarán refugio en medio del huracán de la inutilidad cuantos se nieguen a

cerrar los ojos. Entre otras cosas porque no dejarán de ver que la utilidad, como el sentido, no es más que una invención.

Inmediatamente algunos estarán tentados de aducir que si no hay nada esencialmente útil, tampoco hay nada inútil. Este es precisamente el argumento que acostumbran a esgrimir los defensores de las humanidades que todavía alzan de cuando en cuando su hilillo de voz. Personas tan admirables como Martha Nussbaum, Jordi Llovet o Nuccio Ordine<sup>1</sup>, entre otros, han publicado recientemente obras en las que defendían la utilidad de lo inútil, es decir, de las humanidades. Apoyándose en pensamientos cuando menos dignos de ser recordados, tales como el heideggeriano «Lo más útil es lo inútil», que sin duda suscribiría más de un científico, el aforismo de Tschouang Tse «Todos conocen la utilidad de lo útil, pero pocos conocen la utilidad de lo inútil» o el corolario de Pierre Hadot «Y es precisamente tarea de la filosofía revelar a los hombres la utilidad de lo inútil». Con pensamientos, como digo, de este tenor estos intelectuales, a los que yo por cierto no les llego ni a la suela de los zapatos, han hecho un postrero y muy loable intento de justificar la continuidad del estudio de las humanidades en una globalizada sociedad de consumo como la que vivimos.

---

<sup>1</sup> Cf. Martha C. Nussbaum, *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*, Katz, Madrid, 2010. Jordi Llovet, *Adiós a la universidad: El eclipse de las humanidades*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2011. Nuccio Ordine, *La utilidad de lo inútil. Manifiesto*, Acantilado, Barcelona, 2013. Véase también la interesante denuncia coral recogida en *La universidad cercada. Testimonios de un naufragio*, Álvaro Delgado-Gal, Jesús Hernández Alonso y Xavier Pericay (Eds.), Anagrama, Madrid, 2013.

No será ese el camino que yo tome. Por edificante que resulte la autocompasión (especialmente para sus espectadores) no es ese el tono que adoptaré yo aquí ante ustedes. Fiel a mi querencia nietzscheana lo que les voy a contar sonará más desabrido. No defenderé pues aquello de la «rentabilidad social de la filosofía». Y no lo haré porque creo que es una pésima estrategia. Considero que no es muy inteligente pasar por el aro de la rentabilidad, aunque ésta sea social y a largo plazo. Porque el dogma de la utilidad nos impone la servidumbre de todo, incluidos nosotros mismos. Nos exige a todos, aparatos y personas, una «vida útil». Y yo pienso que no hay tal cosa y que el ser humano no ha nacido para ser útil, sino para ser libre.

Nadie es imprescindible, se oye decir con frecuencia. En consecuencia todos somos prescindibles, superfluos. Esto se suele decir menos, por la cuenta que nos trae. El planeta soportaría la pérdida de la humanidad entera sin inmutarse. Sospechamos que no sólo lo superaría, sino que suspiraría de alivio si así fuera. Al fin y al cabo somos como un virus. Hemos colonizado nuestro planeta y la septicemia que sembramos se ha extendido tanto que está comprometida ya la supervivencia del sistema que nos acoge.

Si todo es inútil, si todo es sin porqué y sin para qué, todos somos inútiles. Y si todos lo somos, el que les habla lo es tanto como el que más. Y a mucha honra. Lo que sigue no va a ser pues, otra cosa que una reivindicación y una apología, un alegato en defensa de la inutilidad y de los inútiles y, por tanto, en defensa propia.

¿Por qué un discurso exculpatorio? O bien porque media una amenaza, o porque existe una acusación. Ambas circunstancias se dan en el caso que me ocupa. Respecto a la acusación caben a su vez dos posibilidades: declararse culpable o inocente. Ya han escuchado mi autoinculpación. Tal vez sea esto lo que suene más extraño a sus oídos. Y es que convendrán conmigo en que no estamos precisamente acostumbrados a la asunción de responsabilidades. No tengo ningún problema en admitirlo: soy un inútil. No me defenderé. No me justificaré. Si lo hiciera sería deshonesto y eso sí que espero no serlo nunca.

Creo firmemente que todo lo que hago es inútil y, en consecuencia, soy un inútil de letras y con todas las letras. Alguien no es tonto por decir una tontería (si así fuera todos sin excepción lo seríamos). Llegamos a la conclusión de que alguien es tonto cuando no para de hacer o decir tonterías, cuando nos parece que no hace otra cosa. Del mismo modo, no llamamos inútil a alguien por perder su tiempo de cuando en cuando haciendo algo que nos resulta completamente inútil, porque en tal caso deberíamos admitir que cualquiera podría incluirnos a nosotros mismos bajo esa denominación. Bien al contrario motejamos de inútil sólo a aquel que parece dedicarse única y exclusivamente a perder su tiempo y, lo que es mucho peor, a hacérselo perder a los demás. Pues bien, he de comunicarles solemnemente que yo soy uno de ellos.

Estoy convencido de que aquello a lo que me dedico —la filosofía— también es inútil. Soy consciente de que seguramente lo que ustedes

esperaban escuchar al acercarse tan amablemente hasta este ilustre lugar, era exactamente todo lo contrario: una encendida defensa de la filosofía y, por qué no, del conjunto de las tan amenazadas como conspicuas humanidades. Esa es la estrategia en la que una y otra vez he visto consumir sus fuerzas a colegas mucho más acreditados que yo, como les he dicho. Permítanme no seguir sus pasos. Y no por capricho, sino por convicción.

En efecto, lo digo y lo repito: la filosofía, las humanidades, son inútiles. Pausa valorativa. Antes de que se cumpla la amenaza. Antes de que pronuncien su previsible veredicto de ostracismo y excomunión todos los inquisidores, evaluadores y auditores de esta maravillosa sociedad del conocimiento a la que todavía, e inexplicablemente, tenemos el privilegio de pertenecer, me gustaría decir unas últimas palabras. No sólo las humanidades son inútiles. Las ciencias también lo son. La tecnología también lo es. Y la medicina, y el ganchillo, y la electrólisis, y la luna y las estrellas. **TODO ES INÚTIL. NO SOLO YO SOY INÚTIL. TODOS SOMOS INÚTILES.** (También ustedes, no se crean que se van a ir de rositas).

Tal vez llegado este preciso momento, comiencen a entender por qué históricamente, los amantes eternamente rechazados de la sabiduría — los filósofos— han hecho tan pocos amigos. Los filósofos, se supone, piensan —alguien ha de desempeñar tan lastimosa tarea—, pero pensar no es lo que todo el mundo cree hacer tan bien como cualquier otro. Pensar es siempre intentar pensar lo mismo (*Denken ist nicht anders als Nachdenken*, pensar no es otra cosa que repensar), pero pensar lo



mismo *de otra manera*, porque si piensas lo mismo de la misma manera, no piensas, sino que tan sólo, repites. Coleccionar tópicos, aunque a muchos se lo parezca, no es pensar.

Y resulta que cuando intentamos (y nótese bien que siempre digo intentamos), cuando intentamos pensar de otra manera, necesariamente suena disparatado lo que decimos. De ahí que tan a menudo se asemeje a los filósofos con los locos, considerándolos personas que, a fuerza de apretar el tornillo de la razón, lo han pasado de rosca. Permítanme recordarles que, si bien resulta en no pocas ocasiones harto sutil, hay una *pequeña* diferencia entre un loco y un filósofo (sólo una sospecho): el primero no justifica sus disparates y el segundo sí.

Así que antes de que a alguno de ustedes se le ocurra caritativamente llamar al Reina Sofía (en cuyo caso creo que estarían aún peor que yo) les pido que escuchen los argumentos que desgranaré a continuación.

Puede que alguno de los miembros de este auditorio encuentre ofensivo este lamentable intento de encender el ventilador y proyectar mis carencias y frustraciones a todo hijo de vecino. Puede que representantes de colectivos respetadísimos y cuya utilidad está más que acreditada, como el de los científicos, los médicos, los bomberos, los informáticos, los cerrajeros, los interneros, la Conferencia Episcopal, el Colegio de Ingenieros, los cocineros, los futbolistas, los toreros, los constructores, los políticos y los sopladores de vidrio, me demanden *ipso facto* por libelo, calumnias e

injurias contra su honor cuando llegue a sus oídos lo que ha aquí se va a oír. Mi opinión al respecto, como respecto de todo lo demás, es la misma: es inútil. Todo es inútil.

«*Ich kenne mich nicht mehr aus*» dejó escrito Wittgenstein en sus *Investigaciones filosóficas*. Se podría traducir libremente por «no sé salir del atolladero». Es algo que pasa a menudo cuando nos ponemos a pensar. Bueno, ¿y ahora qué? se preguntarán/me preguntarán algunos. «Ahora nada», les respondo. Así es: ahora hablemos de la nada. Gran tema. Porque si todo es *para nada*, si la nada es nuestro destino, si la existencia es inane y el ser humano es una nadería, si todos sus logros, sus conquistas, sus triunfos «se perderán como lágrimas bajo la lluvia», entonces ¿a quién queremos engañar? Hace años, seguro que lo recordarán, todavía era frecuente escuchar, especialmente en velatorios y demás entornos luctuosos, la siguiente expresión: «No somos nada». El ser humano gusta de decir las grandes verdades de la existencia sin inmutarse, como si tal cosa.

Han transcurrido eternidades sin que existiéramos. Cuando nuestra especie se extinga, no pasará absolutamente nada. Dentro de 5.000 millones de años el Sol agotará el hidrógeno y se convertirá en una gigante roja que absorberá nuestra amada Tierra. No quedará ni rastro de la humanidad. Y aquí paz y después gloria. Toda persona mayor de edad, en el sentido kantiano, sabe que la vida es un suspiro y que en cualquier momento —un accidente, un cáncer, un infarto— se van al traste todos nuestros afanes y desvelos, todos nuestros esfuerzos e ilusiones,

confirmando así su auténtica naturaleza ilusoria. ¿Y todo para qué? Pues para nada. Así de sencillo y de cruel. Así de absurdo.

Piensen en lo que contestamos cuando nos dedican la palabra más importante en cualquier idioma: «gracias». «De nada», «no hay de qué». Cualquier persona buena sabe que no hay nada que agradecer, que las gracias no se merecen. Que lo que hay que hacer, lo que debemos hacer, lo debemos hacer única y exclusivamente por deber. Es decir, debemos hacer lo que debemos hacer porque debemos hacerlo. Por nada más. No, esto no es un trabalenguas, ni una broma, es nada menos que la mejor teoría ética de la que a mi juicio dispone el ser humano. Para justificar nuestros actos nos podemos agarrar a la tautología kantiana, o al socorrido «porque me da la gana». En ambos casos la fundamentación resulta decepcionante. Lo bello es bello porque agrada desinteresadamente afirmó también el genio de Königsberg. Que lo bueno y lo bello son siempre «sin por qué», como la rosa de Ángelus Silesius, ya nos lo maliciábamos. Lo que pretendo subrayar es que no sólo lo bueno, también lo malo y lo mediopensionista es «sin por qué», y con más razón si cabe.

Pero —se me replicará— hasta que la nada nos consuma, mientras la nada no nos consuma, ¡habrá que hacer *algo*! Habrá que entretenerse con algo, habrá que divertirse, habrá que disfrutar, ¡Carpe diem! Gritan las masas enardecidas tras devorar las obras completas de Horacio. ¡Alcohol, alcohol, alcohol! ¡Hemos venido a emborracharnos! ¡El resultado nos da igual! Cantan entre gol y gol.

«Pasión inútil» sería el diagnóstico del doctor Sartre si pudiera aún observar, entre calada y calada, el desvarío del personal.

En general los filósofos han mostrado un acusado escepticismo, cuando no una abierta suspicacia, frente a la acción. La contemplación tiende a inhibirse de la acción y muchos pensadores no han podido evitar esbozar una sonrisa ante los denuedos del común de los mortales. La misma sonrisa que se dibuja en cualquiera de nosotros al ver cómo un niño pequeño se pasa la tarde llevando y trayendo, tirando y recogiendo, metiendo y sacando todo tipo de objetos. Ese entretenerse absurdo que nos hace sonreír, en realidad no se diferencia en nada del estresado ir y venir de los adultos. Algún sabio ya dijo que niños y adultos sólo se diferencian por el tamaño de sus juguetes.

La acción es un enigma sin respuesta. Limpiamos para tener que volver a limpiar, hacemos la cama para deshacerla y luego volverla a hacer, estudiamos para darnos cuenta de todo lo que nos queda por estudiar, trabajamos para comprar cosas que nos forzarán a trabajar más. Construimos para destruir y luego volver a construir. Firmamos la paz para preparar la guerra que precederá a volver a hacer las paces. Aprendemos para tener algo que olvidar y hacemos la ilusión de volver a empezar. Construimos el castillo de arena y de naipes para destruirlo. Los concursos de fichas de dominó en inacabables filas son el ejemplo más elocuente del sinsentido de la acción.

El conjunto de los actos llevados a cabo por la humanidad forman parte de un único y extenuante

juego. Y como en todos los juegos, las reglas, las jugadas, las acciones en este caso, sólo tienen sentido *dentro* del juego. Si juegas, todo tiene sentido: unas acciones remiten a otras, impera una lógica de la acción-reacción, del premio y del castigo, del esfuerzo y la retribución, de ganadores y perdedores, etc. Pero ¿y si no juegas? Ahora bien ¿se puede no jugar?

Fíjense en la expresión «pararse a pensar». El pensamiento precisa de sosiego, calma, serenidad. La *theoría* griega, la tranquilidad, la contemplación pura, necesita de la inmovilidad, del *otium* latino y el alejamiento del ruido del *nec-otium* (del negocio), para contemplar el espejo del lago que hay en nuestro interior. En él se puede reflejar el universo entero, a condición de que no haya perturbación alguna. En una época como la nuestra, en la que lo hacemos todo con el cronómetro en la mano, el pararse a pensar es impensable.

Parece que ha llegado el momento histórico en el que la acción se tome su cumplida venganza del filosófico desdén que ha padecido, dejando a la filosofía y al resto de las humanidades fuera de su influyente círculo. Y no utilizo por casualidad la palabra «círculo» para referirme a la acción. La acción es un círculo. Un círculo virtuoso al parecer, a diferencia del círculo vicioso del pensamiento. Se nos dice que éste último no conduce a ningún sitio, a diferencia del primero que nos conducirá a hacer realidad nuestros sueños. El paraíso prometido del éxito está reservado a los que trabajan en algo útil, se sacrifican y se esfuerzan.

Pues bien, a los utilitaristas del mundo y en concreto a los de Logroño, les daré una idea. No es

mía, es de alguien a quien me sorprendería que hubieran leído, monsieur Théophile Gautier. Después de acabar con la historia de la filosofía, la ética, la educación para la ciudadanía, el latín, el griego, la historia de la música, el bachillerato artístico y sustituirlos convenientemente por economía, *emprendimiento* (sic) y religión, les sugiero que acaben con los absurdos macizos de tulipanes del Espolón y los sustituyan de inmediato por simientes de pellas, patatas o caparrones de Anguiano.

El mismo Gautier decía que la parte más útil de una casa es el váter. Por asociación me viene a la memoria uno de los textos cumbre de la prosa castellana de hoy y de siempre. Dice así: «La educación es el **motor** que promueve el bienestar de un país; el nivel educativo de los ciudadanos determina su capacidad de **competir** con éxito en el ámbito del panorama internacional y de afrontar los desafíos que se planteen en el futuro. Mejorar el nivel de los ciudadanos en el ámbito educativo supone abrirles las puertas a puestos de trabajo de alta cualificación, lo que representa una apuesta por el **crecimiento** económico y por un futuro mejor».

Este delicioso exordio pertenece a la «Exposición de motivos de la Ley Orgánica para la Mejora de la Calidad Educativa, Ministerio de Educación, Cultura y **Deporte**<sup>2</sup>». Otra cosa no, pero me reconocerán que destila salvífica y redentora utilidad por los cuatro costados. Fíjense en expresiones que equiparan a la educación con un

---

<sup>2</sup> Como explicación a ese curioso *mélange* que forman la educación, la cultura y el deporte véase el artículo de Rafael Sánchez Ferlosio «El deporte y el Estado» publicado en *El País* el 31 de mayo de 1997.

motor que nos permitirá competir (supongo que en el París–Dakar) para que esta contribuya al *crecimiento*. No sé ustedes, pero yo les confieso que no sé qué es eso del crecimiento (y ya cuando hablan de crecimiento negativo ni les cuento) a menos que sea una coartada para hacer pasar por novedosa música celestial el viejo chasquido del látigo.

Pero déjenme reproducir otro impagable textículo esta vez sacado del nuevo y flamante currículo de la asignatura de Filosofía, último resto del naufragio que nos deja la recién estrenada ley. Dice así: se trata con ella (ella es la Filosofía) de «conocer el modo de preguntar radical y mayéutico de la metafísica para diseñar una idea empresarial y/o un plan de empresa utilizando habilidades metafísicas y gnoseológicas para conocer y comprender la empresa como un todo»<sup>3</sup>. Fin de la cita. «Comprender la empresa como un todo», es decir, comprender que la empresa es todo, que todo es una empresa, que de todo podemos hacer negocio, que el negocio lo es todo. Inculcar esto ha de ser el cometido de la filosofía a partir de ahora. Y gracias.

A las humanidades no les quedará otra que prestarse a estos manejos o bajar la persiana definitivamente, como en su día las fábricas de sombreros, porque ya no hay demanda. Los tiempos cambian, se nos dice con una resignación a la que se nos invita. Se me ocurre que difícilmente puede haber demanda de un producto si ni siquiera se conoce. Pero lo que está claro es que volvemos a vivir tiempos

---

<sup>3</sup> *Cit. loc* en José Luis Pardo «¿Para qué sirve esta empresa?» *El País Babelia*, 04-01-1014.

tan tenebrosos como aquéllos en los que Petrarca se lamentaba así en su *Cancionero*:

*Pobre y desnuda vas, filosofía,  
dice la turba atenta al vil negocio*

A estas alturas de la película uno ya no se sorprende de la impresionante capacidad demostrada por los legisladores que han metido mano en esto de la educación en las últimas décadas, para conseguir empeorar todavía más las cosas. De verdad que me descubro ante esas cabezas pensantes que una y otra vez llevan a cabo lo imposible, el más difícil todavía: hacer aún peor las cosas. Me recuerdan al familiar, amigo o adlátere que todos tenemos que, al vernos intentar arreglar algo nos dice «¡Trae anda trae!» mientras nos arrebatata el trasto y acto seguido se lo termina de cargar.

Convirtamos a nuestros infantes en eficaces unidades de producción. Asegurémonos de que alcancen un alto grado de empleabilidad y dejémonos de filosofías y demás pérdidas de tiempo. Así reza el nuevo credo. ¿Y saben qué? Sospecho que la mayoría de los padres están aplaudiendo con las orejas.

Porque la educación y la cultura, no sólo no les importa un pimiento a los políticos (a quienes por lo demás no les importa nada salvo ganar las próximas elecciones) tampoco les importa mucho más a la mayoría de los padres de alumnos que he conocido, obsesionados como están con el futuro de sus hijos y con las salidas de los estudios que vayan a cursar. No han entrado todavía en los estudios



superiores y ya están pensando en las salidas, ¡como si de una prisión se tratase!

Entenderán que no me sorprenda en absoluto este enésimo ataque, esta vez de las hordas economicistas tras el perpetrado por la legión de pedagogos, después de tantos años enfrentándome a madres y padres (por no hablar de algunos compañeros de profesión) que vienen a preguntarme indignados, para qué sirve la filosofía y por qué tiene que estudiar eso su hijo/a, casualmente justo después de suspenderla. Ya pueden imaginar lo que les contesto. En mis primeros años como profesor aún esbozaba ese patético argumentario acerca de las supuestas bondades de las humanidades en general y de la filosofía en particular para la «formación integral de la persona». Cuando en una ocasión le escuché el mismo argumento al profesor de religión, casi me caigo de la silla.

Hace ya tiempo que contesto a esos padres atribulados que, en efecto, sus sospechas están plenamente justificadas dado que la filosofía no sirve absolutamente para nada, pero que descuiden que, a poco que sus hijos se esfuercen, sortearán sin problemas ese incómodo pedrusco situado en medio de la autopista hacia el éxito que sus amados retoños están sin duda destinados a recorrer. Y así todos contentos. Y no me hagan hablar del «Informe Risa» porque me entra la *ídem* ¿Se dan cuenta de que todo es inútil?

Nietzsche decía que los hombres aman la verdad en la medida en que esta les resulta cómoda y útil. Si no es así, ya no les interesa. *Ergo* no les interesa la verdad, sino las consecuencias benéficas

de ésta. Exactamente lo mismo se puede decir del conocimiento y de la educación. Para la inmensa mayoría sólo es un medio para alcanzar el éxito y el reconocimiento social. En consecuencia no sorprende que las humanidades estén muriendo de inanición, lo sorprendente es que sigan estando presentes en nuestro sistema educativo, (si bien tan solo de forma testimonial, por el qué dirán y para dar un barniz de culturilla general que nunca está de más).

El humanismo defiende, de forma cada vez más extravagante y solitaria, que el ser humano es algo más que dinero, que alberga en su interior algo más que vísceras, que su destino no tiene por qué ser la esclavitud de la utilidad y la necesidad. De entre todos los seres, los seres humanos son los únicos que llevan a cabo actos inútiles, actos sin justificación para la supervivencia. En el resto de animales hasta el juego no es más que un entrenamiento para esa finalidad. Someterlo al imperio de la utilidad es deshumanizar al ser humano, es automatizarlo, mecanizarlo, convertirlo en un engranaje más. Embrutecerlo azuzando su agresividad y competitividad, como algunos desalmados hacen con los perros, hasta convertirlo en un ser frío y calculador capaz de cualquier cosa por un ascenso. Y a esto tienen la desfachatez de llamarlo *educación*. En efecto, para ellos ésta no es otra cosa que maximización de rendimiento, elevación de estándares de calidad, incremento de la empleabilidad o implementación de medidas para el aumento de la productividad.

Si hace mucho que la publicidad consiguió saturar con su iconografía el imaginario colectivo

pasando a explotar así el único continente virgen que le quedaba al ser humano, el de su imaginación; hace mucho también que el cinismo compró la patente de la verdad, se apoderó del megáfono de las consignas y sus monaguillos sin escrúpulos disfrutaban rebautizando los haceres y las cosas con sus antónimos. Después de empapelar la realidad con eufemismos de algodón de azúcar y perfumar el cotarro con el pachuli de lo políticamente correcto, cuentan con la inestimable e imprescindible ayuda de nuestra pereza mental y laxitud moral *et...* *voilà*: bienvenidos al mundo que ellos llaman ¡cómo no! REAL. Y si este, el mundo capitalista del consumir por consumir, el mundo de la competitividad, de la rentabilidad, del progreso, de la innovación, ¡del bienestar! (vaya un sarcasmo) es el mundo *real*, todos los demás mundos en los que cuatro piraos tratamos de refugiarnos, exiliarnos o tan siquiera imaginarnos, son pura ensoñación y nada más.

Y hablando de imaginarse, ya se pueden imaginar por dónde me paso el dogma de la utilidad de estos señores tan mandones. Y también pueden imaginarse a dónde me gustaría mandarlos. Hace mucho escribía otro grande olvidado, Pico della Mirándola, que la dignidad del hombre radica precisamente en que no sirve para nada, salvo para ser «artífice de sí mismo». Darle una utilidad concreta sería hacer de él un animal de carga o de compañía, o peor, cosificarlo, hacer de él un mero objeto. En la escala de la utilidad, un martillo está pues por encima de un ser humano, a no ser que convirtamos a éste en un martillo o en un yunque, cosa en la que por cierto el capitalismo es un auténtico maestro.

Por mucho que nos pese a algunos, el humanismo ya no lleva las riendas de la educación. Se las hemos entregado dócilmente al mercado y así éste se ha apoderado del último reducto que le quedaba por conquistar. Lo único que me sorprende es la tardanza. El poder siempre ha tenido como objetivo controlar la educación, de ahí las incursiones constantes de la religión y la política. Sólo faltaba el cortejo de la economía de mercado. Pero no se inquieten, ya está aquí. A partir de ahora nuestros hijos serán oportunamente adiestrados en competencias realmente funcionales, acordes con los tiempos, que les permitirán ser agentes activos en la sociedad-mercado. Podemos dormir tranquilos.

Al igual que no conseguimos que un niño coma su plato de espinacas recitándole toda la lista de sus beneficiosas propiedades, difícilmente conseguiremos que nuestros jóvenes se *traguen* las humanidades «por su propio bien». El amor, como la sabiduría, no se puede exigir. No se puede prohibir el desdén o la estupidez. ¿Por qué aún las humanidades? O, en lenguaje más actual, ¿para qué aún las humanidades? Puede que se nos conteste afirmativamente aduciendo que las humanidades buscan la verdad, pero cabe replicar ¿le interesa al ser humano la verdad? Se dirá que aportan conocimiento, pero ¿nos interesa realmente el conocimiento? Se musitará que las humanidades *humanizan*, pero ¿desea humanizarse el ser humano?

Después se puede debatir la interesantísima cuestión de si las humanidades han servido *alguna* vez para algo. ¿Han contribuido acaso a paliar la esclavitud, la servidumbre, los holocaustos? Seamos

sinceros: incluso en sus mejores tiempos, tan sólo han servido como leve contrapunto, como sordo lamento, como embarazoso testigo de lo bajo que puede caer el ser humano. No sólo las humanidades, la cultura entera no ha sido nunca una digna contrincante de la barbarie. Ni siquiera ha conseguido ser su dique de contención. Se ha limitado a ser su perpleja biógrafa.

¿Y qué pasa con la ciencia? Pues tres cuartos de lo mismo. Si las humanidades no han plantado cara a la barbarie, la sacrosanta ciencia directamente se ha convertido en no pocos casos en su entusiasta colaboradora. No hay más que revisar los presupuestos del Pentágono, la política de investigación de las farmacéuticas o recordar el proyecto Manhattan, para confirmar que el ídolo tiene los pies en el suelo sí (no como otros), pero son de barro.

La ciencia entendida como experimentación libre, como investigación pura, como aventura, exploración, azar y especulación, en suma, como búsqueda apasionada de la verdad, hace mucho que dejó de existir. Sólo se financian los proyectos de investigación que son financiados, es decir, *financiables*. No sé si me entienden. Los resultados han de ser los previstos, esto es, los preferidos, o no serán. Los científicos, como todos, son cada vez más la voz de sus amos y aunque sus oropeles no se parezcan en nada a nuestros andrajos, comparten nuestra miseria moral y seguramente nuestra amargura. Esclava de la técnica, del rédito y del «progreso», la ciencia se ha convertido en un espectáculo de masas crédulas, en un simulacro de

sentido, en una promesa de felicidad eternamente diferida.

Cada dos por tres se nos habla de espectaculares descubrimientos en la lucha contra el cáncer, de adelantos técnicos que aligeran el trabajo hasta el punto de dejarnos sin él, de transgénicos mágicos que acabarán con la escasez, etc. Sus sacerdotes trabajan para el nuevo Dios, que ya no promete otro mundo mejor, sino que garantiza hacer de este mundo algo mucho mejor. Progreso, calidad de vida y todas las comodidades por un módico precio. Los de ciencias todavía se pueden vender por un plato de lentejas. Los de letras ni eso. Todos queremos, pero sólo unos pocos son queridos. Eso es lo único que nos diferencia.

La búsqueda de la verdad como proyecto de emancipación, como construcción de la libertad personal en detrimento de las cadenas de los prejuicios, de las mentiras oficiales, de los tópicos masivos, de la ignorancia, la estupidez o el miedo, nunca ha sido patrimonio exclusivo de la filosofía. A este proyecto se le dio hace mucho tiempo el nombre de *sophía*, de *epistéme*, de *scientia*, y distinguir entre ciencias y letras no contribuye más que a socavarlo y sabotearlo.

Todos los seres humanos que aman o han amado el conocimiento, en cualquiera de sus formas, son parte de una comunidad a la que muchos consideramos la única verdaderamente nuestra. Quienes hacen pasar el gato de la información por liebre, cuantos distinguen entre conocimientos útiles o inútiles, ciencias duras o blandas, ciencias o letras, en suma, entre saberes de primera o de segunda,

demuestran sólo una cosa: que en realidad no aman el conocimiento. Porque amar algo o a alguien es amarlo por sí mismo, sin distinciones e incondicionalmente, no con la mirada puesta en algo más allá. Y menos en algo en comparación tan banal, inconstante y caprichoso como la utilidad.

Capítulo aparte merece la niña de nuestros miopes ojos, la ninfa de nuestros desvelos: la tecnología. Déjenme que les reproduzca un breve diálogo de *Los hermanos Marx* para ilustrar la cuestión:

- *Groucho: Vamos, Ravelli, ande un poco más rápido.*
- *Chico: ¿Y para qué tanta prisa, jefe? No vamos a ninguna parte.*
- *Groucho: En ese caso corramos y acabemos de una vez con todo esto.*

Este diálogo que cita Savater en su *Diccionario filosófico*, se me antoja la mejor descripción que se ha hecho nunca del progreso humano. Algún día alguien ajustará cuentas con esa malhadada idea de progreso. Baste decir que podemos ver cómodamente en nuestro *lpad* imágenes de gente buscando en la basura, podemos transmitir mágicamente con nuestro *smartphone* los últimos datos de la hambruna en Sudán, podemos ver en nuestra pantalla *led* de cincuenta pulgadas imágenes en directo del conflicto armado que escojamos con nuestro mando a distancia. ¿No es maravilloso? Los aparatos son cada vez más inteligentes y los hombres más codiciosos y estúpidos. Y a eso lo llaman «progreso».

GRACIAS A LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS, ME INFORMO  
AL SEGUNDO Y LO OLVIDO AL INSTANTE





## Epílogo

El argumento de inutilidad es un arma de destrucción masiva. Es una bomba nuclear que lo arrasa todo sin excepción. Si de algo entendemos los filósofos es de preguntas, y créanme, la pregunta «¿para qué?» es la pregunta menos inocente que se puede hacer, la más peligrosa de todas. Hace tiempo que el capitalismo juega de forma suicida con este y similares argumentos. El paso de una economía de mercado a una sociedad de mercado ha intensificado *ad nauseam* el sofisma de la utilidad. La globalización ha propagado la epidemia y el mundo entero baila al son de necios que confunden valor y precio. Permítanme citar un pasaje de la *Metafísica* de Aristóteles:

*Es, pues, evidente que no la buscamos [a la Filosofía] por ninguna utilidad sino que, así como llamamos hombre libre al que es para sí mismo y no para otro, así consideramos a ésta como la única ciencia libre, pues solo esta es para sí misma.*<sup>4</sup>

Ya pueden intuir lo que desprecian, lo que no valoran, cuantos sólo valoran la utilidad. No sólo actividades como la filosofía —que en el fondo es lo de menos— lo que desprecian sobre todo es la libertad. Y muestran su desprecio construyendo un mundo en el que todos seremos libres de decir lo que

---

<sup>4</sup> Aristóteles, *Metafísica*, ed. trilingüe de Valentín García Yebra, Madrid, Gredos, 1982 (I, 2, 982b).

pensamos y de comprar lo que queramos porque todos pensaremos lo mismo y compraremos lo mismo. No es extraño pues que a quienes amamos la libertad y modestamente nos dedicamos a enseñar a otros a amarla, no sólo no nos valoren, sino que nos tilden poco menos que de parásitos improductivos.

A cuantos nos acosan con preguntas como filosofía para qué, humanidades para qué, libertad para qué, yo les contesto con un rotundo: «para nada». Porque si les contestase otra cosa, si entrase en su perverso juego, si les respondiese: «para esto o para aquello», entonces eso ya no sería libertad. Y, por cierto, utilidad ¿para qué?

Lo más valioso es precisamente lo que no tiene precio, lo que no se vende, lo que no es objeto de mercadeo ni se saca a subasta alguna. Las cosas, sin embargo, al tener una utilidad concreta, agotan su valor en el servicio que le puedan hacer a alguien en algún momento. Por eso están sometidas a la ley de la oferta y de la demanda. Lo más valioso es lo que carece de utilidad alguna, lo que, como la libertad o los seres humanos, es valioso incondicionalmente. Todo lo que sólo vale para algo es en el fondo insignificante. No solo vale lo que nos sirve. De hecho las cosas más importantes nunca son cosas. No dejemos que se apropien de ellas y les pongan precio.

Acabo ya. Lo que han escuchado no ha sido más que el peregrino intento de reducir al absurdo la tiranía de la utilidad. Tal vez se me haya ido un poco la mano con esta reducción, pero les recuerdo —por si todavía queda algún despistado por ahí— las palabras de Gilles Deleuze aclarando qué es la filosofía:

*La filosofía no sirve ni al Estado ni a la Iglesia [...] No sirve a ningún poder establecido. La filosofía sirve para entristecer. Una filosofía que no entristece o contraría a nadie no es filosofía. Sirve para detestar la estupidez, hace de la estupidez algo vergonzoso. Sólo tiene este uso: denunciar la bajeza del pensamiento en todas sus formas.<sup>5</sup>*

Yo creo —ya lo saben— que no sirve ni para eso. Que no sirve a nada ni a nadie y, en consecuencia, es ignorada y ninguneada por todos. Pero su miseria es su grandeza. El desprecio de los necios es nuestro mayor aprecio. Bien sabemos los profesores que los que más deberían escuchar son siempre los que menos escuchan. En cualquier caso, dentro de muy poco ustedes mismos, que han tenido la bondad de escucharme tan amable y pacientemente, apenas recordarán nada de lo que han escuchado. Yo mismo apenas recordaré nada de lo que he escrito. El desierto no para de crecer— nos recuerda Nietzsche— especialmente el del espíritu.

Y sin embargo, contradiciendo a Deleuze, tengo para mí que el mejor sinónimo de «filosofía» es «alegría». Porque los mejores, es decir, los más sabios, esto es, los más buenos, son los que celebran el pensamiento, es decir, la vida, como una fiesta. Una fiesta de la que lo ignoramos todo —quién es el anfitrión, por qué nos encontramos en ella, cuándo llegará a su fin— salvo que es una fiesta. Lo que saben los que de verdad saben, probablemente no sea más que esto. Y no es poco.

---

<sup>5</sup> Cf. Gilles Deleuze, *Nietzsche y la filosofía*, Anagrama, Barcelona, 2002 [1967], p. 149.

Muchos creen que la alegría sólo puede ser hija de la ignorancia. Yo por el contrario pienso que las personas alegres lo son no porque sepan menos, sino porque saben más. Las personas más sabias que he tenido la fortuna de conocer, son también las más alegres. Exhalan una alegría a prueba de bombas. No están alegres, *son* alegres. Porque saben que el mero hecho de vivir, de pensar, es un motivo de alegría constante. Aun a pesar de todos los pesares. Aunque no falten los aguafiestas.

Espero no haberlo sido demasiado para ustedes y confío en que este rato que hemos pasado juntos les haya resultado, al menos, de suma inutilidad.

Muchas Gracias.